

CICATRICES BAJO

LA PIEL

JOAN ROURE



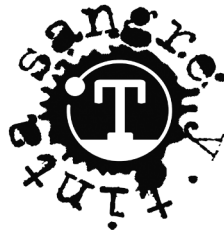


Grupo Tierra Trivium apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que Grupo Tierra Trivium continúe publicando libros para todos los lectores.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Primera edición: febrero, 2019
©Joan Roure, 2019
©De esta edición: ®Grupo Tierra Trivium
Maquetación: Jimena Tierra
Corrección: Albahaca Martín Gon
Diseño de cubierta: Joel Roure
Fotografía de autor: Carla Pla
Ilustraciones: Marta González De La Vega



Impreso en la UE
ISBN: 978-84-949912-7-1
Depósito Legal: M-5262-2019
RTPI: L-101-18

www.grupotierratrivium.com
contacto@grupotierratrivium.com

*A mis padres.
Siempre.*

Nada se parece tanto a la injusticia como la justicia tardía
Séneca.

Estoy solo y no hay nadie en el espejo
Jorge Luis Borges.

UNA ESCALERA CONTRAINCENDIOS

Cobble Hill, Brooklyn. Julio de 2016

Un hombre mirando a través del cristal. El ventanal que da acceso a una escalera contraincendios. Ese hombre es Daniel Granados. Y está a punto de entrar en el sueño eterno.

Aunque él todavía no lo sabe.

Sobre la pequeña mesa del escritorio, el ordenador portátil encendido con la pantalla en reposo, una botella medio vacía de Jim Beam y un vaso con varios cubitos de hielo, casi consumidos, diluyéndose en dos dedos de licor aguado. Un libro de Hammett reposa abierto por la mitad en el extremo de la mesa, a punto de caerse; ha tenido que dejarlo abandonado ante la imposibilidad de retener nada de lo leído. Entonces ha fijado su vista en la pantalla oscura. Así ha pasado las últimas horas, sin apenas moverse

más que para vaciar y volver a llenar el vaso; pensando en su vida anterior y también en la actual, separando la una de la otra, como si fueran dos distintas, vividas por la misma persona, pero acotadas mediante un punto de inflexión que las separa y las hace diferentes. Hace tan solo unos minutos que ha salido de su larga abstracción y se ha puesto en pie. Ha caminado los tres o cuatro pasos que separan el escritorio del mueble librería, donde el tocadiscos se hace un hueco, no sin dificultades, entre las estanterías rebosantes de libros y los discos de vinilo. Sin dilación ha cogido uno de Nick Cave. Lo ha sacado de su funda, ha levantado la tapa del aparato y lo ha puesto a rodar en el plato. Todos los movimientos, pese a ser decididos, los ha hecho con exagerado cuidado, como si todo fuera a romperse al menor gesto de descuido.

Ahora Daniel otea el horizonte reconociendo en la distancia un imaginario que le gustaría alcanzar para introducirse y permanecer siempre dentro de él. Retiene su mirada perdida en ese punto inconcreto, absorto en sus pensamientos que llenan cada uno de los recovecos de la caracola de su mente. Daniel reflexiona y se pregunta: «¿Qué sentido tiene seguir cuando tus motivaciones se han evaporado una tras otra?, si ya no queda nada por lo que luchar... ¿Cómo hacer para cambiar lo que pasó aquel día?». Un solo momento, apenas un instante, una decisión y unos actos que derivaron en fatales consecuencias. Algo que ni siquiera consideró. La furia y la precipitación, el impulso, efervescencia de juventud. Y como fatal resultado: unos estigmas en el alma que no ha podido curar jamás.

Daniel da un paso al frente y abre la puerta. Nota como la brisa roza su vello al salir al exterior. El aire huele a la noche de Brooklyn y tiene el regusto agridulce de la nostalgia. Todos los objetos parecen pequeños y apagados, como silenciosos espectadores de fondo expectantes ante el inicio de la función. Solo necesita encontrar la paz interior;

expulsar de su cuerpo el terror a vivir; silenciar esas voces que le recuerdan a cada momento lo que pretende olvidar. Voces que aparecen cada vez que sale de dentro de su caparazón para visitar el mundo exterior, el real, según dicen, el auténtico. Pero él prefiere seguir habitando en otro, uno que solo existe dentro de su cabeza y en el que vive otra vida: aquella que ha creado para sí mismo; su mundo particular; el refugio de su sueño. Cada vez le cuesta más salir de él, pues no quiere enfrentarse a la soledad de la malvada y absurda realidad que vive el resto. Ya no le queda nada que rescatar de ahí: es una tierra quemada donde la belleza ha desertado. Solo queda un vasto y profundo mar seco donde el aire que se respira está viciado y cargado de tristeza, el sol apenas brilla y el cielo ha perdido todo su esplendor. ¿Es que nadie puede ver tanta putrefacción?

Ni siquiera el arte de la conversación, inherente al ser humano, le aporta ya nada: se ha convertido en una penosa futilidad, en algo dañino y que ha descartado por lo apócrifo de su naturaleza. Un mundo irreal habitado por personas vanidosas e irreales, por las que no siente más que una profunda vacuidad. Existir obliga a seguir caminando, a avanzar hacia un futuro incierto, condena a olvidar también aquello que querríamos preservar eternamente en nuestra memoria. Seguir viviendo y seguir sufriendo.

Y él ya no encuentra más fuerzas para hacerlo.

Cuando ya solo eres capaz de identificar la felicidad en los rostros de los otros, entonces entiendes que ya nada tiene sentido, que cualquier resquicio de vida que aún estaba en pie se ha volatilizado. La felicidad se nutre de agradables y luminosos recuerdos, y cuando todos ellos están bañados de opacidad y la muerte es lo único que te ha rodeado siempre, ¿qué más cabe esperar de la vida?

Como si fuera un sonámbulo guiado por su subconsciente se apoya en la barandilla de la escalera. Mira hacia la calle. Las luces de las farolas y los semáforos son su única

compañía. Unos instantes antes, el horizonte estaba en llamas. Ahora ha borrado sus tonos violáceos y lo ha pintado de negro, llevándose consigo las melancólicas nubes rojas y anaranjadas que lo teñían en una comunión de colores casi quimérica por su majestuosidad. A lo lejos se oye el murmullo de la gran ciudad. Levanta la cabeza y cierra los ojos. Entonces algo le viene a la cabeza, y de manera un tanto inesperada, todo adquiere una cristalina claridad. Ahora se ve capaz de encontrar esa tan deseada paz, de que el olvido al fin logre imponerse al tortuoso recuerdo. Quizá la solución a todo era más fácil de lo que nunca había imaginado. La mejor forma de acabar con las pesadumbres, con la desesperanza, con las sombrías perspectivas y la ansiedad interminable, con ese estado de letargo constante abrumado por una pena inquebrantable. La liberación de su ser encadenado dentro de su propio cuerpo.

En el interior de la habitación, el *Murder Ballads* sigue girando en el tocadiscos. La voz de Nick Cave versionando «Death Is Not The End» de Bob Dylan llega a sus oídos como un eco lejano.

*When you're standing on the crossroads
That you cannot comprehend
Just remember that death is not the end.*

Inclina su cuerpo hacia delante. Su estómago se pega a la barandilla. Levanta su pierna pasándola por encima de ella, luego la otra. Todos sus movimientos son lentos y pausados. No tiene prisa. El tiempo ya no importa. Desde que entendió que no podía recuperarlo pasó a ser insignificante. Daniel sigue con los ojos cerrados, con la mente perdida entre tribulaciones y agonías, mientras sus manos, con los nudillos blanqueados por la presión ejercida, se agarran con fuerza de la baranda sustentando el peso de su cuerpo. La leve brisa nocturna acaricia su rostro. Está rela-

jado. Es como si el siguiente paso a dar fuera algo natural, una decisión no planeada, y eso le provoca una insólita y absurda tranquilidad que no sentiría de haber sido en caso contrario. Las últimas notas del «Death Is Not The End» apenas llegan al exterior, consumidas por el espacio casi en su totalidad. La aguja surca el intervalo de silencio final del disco, se levanta y regresa a su posición inicial. El plato deja de rodar.

Con absoluta calma, sus manos van dejando de ejercer presión, apenas nota ya el contacto con la baranda. Solo tiene que dar un paso al frente. Un paso al vacío material y al todo espiritual. Esboza una leve sonrisa. Piensa que sí, que este es el momento adecuado, que necesita hacerlo. No siente miedo alguno. Está confiado y decidido. Ni siquiera necesita meditarlo. Demasiado tiempo inmerso en un océano donde ya no hay diferentes tonalidades de oscuridad, solo un prolongado vacío. Ahogado en su única certidumbre: una salvaje y perversa soledad. En ausencia de algo por lo que merezca la pena aferrarse. La muerte como final y principio de todo; como débil pero necesario alivio; como preferencia ante la rendición; como grito de súplica y salvación de esta siniestra espiral de desdicha que lo engulle día a día como la más atroz de las torturas. La esperanza acaso de convertirse en niño de nuevo y renacer en otro tiempo y otro lugar.

Con este convencimiento, inclina todo su cuerpo hacia delante. Extiende los brazos cual ser alado antes del vuelo; como el ave fénix resurgido de sus propias cenizas, liberado ya del peso de la cuita que llevaba tatuada en el alma, amparado por la tranquilidad de no seguir pasando los días sin otras vestiduras que el imperativo de la supervivencia. Y tras dejar que transcurran unos segundos en los que la serenidad y el silencio le abrazan, se arroja al profundo abismo de la noche; a la nada inabarcable; al infinito y eterno universo que le llama con

vehemencia, como una madre haría con su hijo ante la peor de las amenazas.

Y se deja engullir por él con la tranquilidad del que regresa después de mucho al lugar donde pertenece, al lugar donde quiere estar.

UN NUEVO INICIO

Brooklyn, New York. 2004

Pensó que alejarse de todo le haría invisible, que le daría una oportunidad de empezar de nuevo librándose de las pesadillas que le perseguían y le azoraban sin descanso. Creyó que la distancia sería la mejor cura a sus calamidades y que al fin podría llenar con la imaginación las frases en blanco de su futuro. En busca de ese destino cruzó el Atlántico, hace más de una década, cargado con muy poco equipaje: una única maleta repleta de incertidumbres y los escasos retazos de su vida dentro. Ya nunca regresó. Solo tenía veintiséis años y una vida despedazada, aunque entonces creyó que aún disponía de tiempo para coserla, de conseguir rescatarla del pozo sin fondo en el cual se hallaba. Sin duda, sabía que nunca podría borrar lo que sucedió —aquella huella del pasado permanecería tatuada para siempre en la piel de su alma— pero al menos conservaba la

esperanza de sobrellevarlo y, quizá con el tiempo, aprender a hacer más ligera la carga. En ese momento, aún desconocía que el poco equipaje que se llevó aquel día era el equipaje de un apátrida, el de alguien que tiene la incertidumbre como destino. Con un futuro repleto de dudas y temores, pero con predisposición y ganas de afrontarlo sabedor de que esa era su última opción para crecer y dar sentido a su vida. Varado frente a él como caminante ante un horizonte cubierto de niebla. Confiado de poder curar las llagas surgidas después de tanto lamerse las heridas.

Nadie que es feliz desea abandonar el lugar donde vive, y el tener que hacerlo significa mucho más que la distancia y el mero hecho de emigrar: es la terrible aceptación de la derrota y por tanto de la consecuente pena, como el condenado que termina aceptando la culpabilidad como única salida posible para forjarse un nuevo comienzo.

Nadie lo supo. Con sus padres fallecidos, apenas contaba ya con familia directa: unos pocos primos y algún tío con los que había ido perdiendo el contacto. A nadie le importaría, nadie lo echaría en falta. Desde que era adolescente tuvo que sobreponerse al hecho de quedarse sin unos padres con los que apoyarse; sin el clásico calor del hogar; la carencia de una guía; una veleta que le señalara la dirección correcta; un faro que arrojara luz en el camino. Tampoco pudo recibir los típicos consejos, ya fueran requeridos o no, en una edad en la cual las dudas, la confusión y los errores suelen acumularse por la falta de conocimientos y de experiencia. Se quedó sin un amor que tan infravalorado e invisible suele ser en edad adolescente, como tan deseado y necesitado cuando estás obligado a soportar su ausencia. Nadie puede entender qué significa quedarse sin todo eso si no lo ha sufrido en su propia piel. Pero también es cierto que entre toda esa oscuridad siempre puede hallarse una luz. Pasar por todo aquello le sirvió para fortalecerse más que el resto, aunque esa circunstancia nunca consiguiera

borrar lo más importante, la realidad más cruel: el significado de quedarse sin unos padres, un dolor ignorado que nadie ha sido instruido para soportar. No hemos sido diseñados para ello, ni siquiera advertidos ante tal posibilidad. Y lo que hizo para sobrellevarlo, aun sin pretenderlo, fue cambiar su corazón por una roca; envolverse dentro de una especie de coraza protectora ante cualquier adversidad con la que el destino decidiera volver a castigarle. Cuando has recibido el golpe más duro, de manera inconsciente esperas el siguiente y te preparas para encajarlo. La próxima vez ya no volverá a pillarte con la defensa baja y desarmado. El instinto animal aparece, la guardia está en alto. Estás listo para el siguiente embate. Aunque tampoco eso vaya a garantizarte la victoria final.

Debería estar prohibido por ley divina que un hijo se quede huérfano tan pronto, de la misma manera que unos padres tengan que enterrar a sus hijos.

Hacía mucho que Daniel había dejado de ver a sus amigos, poco a poco había ido desconectándose de la sociedad, aislándose del mundo. Trabajó con insistencia para que se produjera ese escenario, logrando crear un vacío a su alrededor que se hacía más extenso con el paso del tiempo. En realidad, podría decirse que se había quedado solo, tan solo como sigue estando ahora. En su cabeza habitaba el único deseo de ser tan anónimo como las nubes, los árboles o las olas del mar. Imaginaba que iniciar una nueva vida en aquella ciudad le permitiría borrar los recuerdos, librarse de ellos de una vez por todas. Anhelos y esperanzas que se fueron desvaneciendo lentamente como la luz de las estrellas con la aparición del sol.

Y sigue pensando en ello todos los días. Los fines de semana, cuando no tiene que ir al trabajo, aún es peor. La carga pesa todavía más llegando a hacerse insoportable: le come las entrañas como la más terrible de las torturas, dejando un desalmado y amargo vacío en su interior. Hoy

sábado, ha estado encerrado todo el día en su habitación consumiéndose entre cigarrillos y bourbon, pensando, dejando que fluyeran las lágrimas que creía no tener, aquellas que suponía haber secado de tanto usarlas. Por la tarde se ha quedado dormido durante un tiempo y ha soñado con ella, con Sara. Su habitación se ha llenado de melancolía y se ha poblado de deseos. Le sucede a menudo, pero ahora es diferente: desde hace un tiempo ya no puede ver su cara. En su lugar aparece una sombra que la cubre por completo, y por mucho que lo intente no consigue reconstruir su imagen. Ese rostro que siempre pensó retener, ahora aparece cubierto de oscuridad. Entonces sufre el peor horror de todo enamorado: la incapacidad de recordar la cara de la persona amada. Cuando despierta, lo primero que suele hacer, en lo que forma parte de un tortuoso ritual, es mirar la foto que guarda en su cartera y que, junto a la carta de declaración de sentimientos que escribió en su día y nunca le entregó, son objetos que le acompañan siempre. Es como una imperiosa necesidad de la que no puede prescindir, pues no soportaría que se desvaneciera su recuerdo. El miedo de que el tiempo la borre de su cabeza le genera una insoportable angustia. Aterrado ante la posibilidad de descuidar la memoria de la única persona que le queda por la que poder llorar. Aunque tal vez ya ni eso sea un motivo de esperanza.

Daniel es programador informático. Al llegar a los Estados Unidos, antes de conseguir ese trabajo, tuvo que adaptarse a todo tipo de empleos ante la falta de oportunidades en su sector, algo a lo que también habría que sumar la falta de dominio del idioma, motivos que complicaron y ralentizaron su adaptación. Pese a esas desfavorables circunstancias, en cierta manera lógicas y esperadas, siguió con su particular lucha: ya sabía que no sería fácil, pero aun en el supuesto de que incluso pudiera complicarse más, todo seguiría siendo infinitamente

más sencillo que seguir en Barcelona. O al menos eso creía.

Primero trabajó en un supermercado realizando todo tipo de tareas: reponedor, cajero, e incluso limpiaba cuando era necesario. Luego lo hizo como camarero en una cafetería en Manhattan, para pasar luego a ser ayudante de cocinero en un restaurante de Brooklyn, y cocinero al cabo de un tiempo tras la baja de un compañero. Complementaba esos empleos haciendo pequeños trabajos informáticos en sus ratos libres para algunos conocidos o amigos de conocidos, principalmente reparaciones e instalación de programas. Al llegar, estuvo viviendo un tiempo en un motel de Queens, tirando aún de sus ahorros. Al cabo de unos meses de estar trabajando en el supermercado, y algo más estabilizado, compartió un pequeño piso en Brooklyn con un mexicano y un cubano que trabajaban en el restaurante donde, con posterioridad, acabaría entrando él gracias a la inestimable ayuda de sus dos compañeros de piso. Lo cierto es que salvo con Rafael y Gustavo, apenas mantenía contacto con otras personas. Su vida social era prácticamente inexistente, pese a los esfuerzos que estos hacían por animarle a salir con ellos, algo que consiguieron en contadísimas ocasiones. La última fue para asistir a una fiesta en el piso de un conocido de Gustavo, en Lower East Side. Le prometieron que sería lo más. Al llegar entendió lo que significaba ese calificativo: gente guapa, vestida a la moda, fastuosidad y falsa modestia exhibida entre máscaras de hipocresía. Corrió el alcohol e incluso alguna sustancia de dudosa procedencia, todo al ritmo de una terrible música electrónica que atronaba por los altavoces y que terminó por finiquitar las pocas ganas que tenía antes de acudir. Todas sus expectativas musicales, teniendo en cuenta que sus admirados The Strokes salieron de ese barrio, se fueron al traste, y quedaron relegadas al estatus de simple coincidencia vecinal. Se marchó de allí antes que sus compañe-

ros de piso alegando un inesperado dolor de barriga que se esforzó por hacer creíble, aunque en realidad tuviera lo mismo de veraz que su gusto por las fiestas de postín y pasión por el techno comercial. Tomó un taxi hasta casa y se prometió no cometer nunca más otra estupidez como aquella. A raíz de este episodio y tras sus reiterados rechazos por repetir algo similar, Rafael y Gustavo acabaron por abandonar el empeño de sacarlo de su cautiverio, así que, de manera paulatina, cesaron en su ahínco de disuadirle para que cambiara de opinión y fueron sucumbiendo a la evidencia.

La vida de Daniel era muy monótona. Se dedicaba a cumplir con sus quehaceres diarios, eso sí, de la mejor manera posible. Responsable en su trabajo, valorado por ello y también por su discreción, no eran suficientes motivos para evitar que continuara sintiéndose infeliz: estaba instaurado en el permanente desánimo al dar por hecho que su pasado no le permitiría nunca culminar, o al menos acercarse, a una felicidad similar a la que aparentaban tener otras personas. Pero al menos aspiraba a lograrlo en lo laboral, y trabajar en la restauración era algo que no ayudaba en ese propósito. Los complicados horarios de los turnos de trabajo en el restaurante le dificultaban el hecho de encontrar algo más acorde a sus conocimientos. Así que un día cualquiera, tras esperar a tener algunos ahorros que le permitieran subsistir algunos meses, decidió dar el paso y dejar su puesto de cocinero, con lo que podría disponer de más tiempo para buscar ese deseado empleo. Una vez logró reunir una cantidad de dinero que consideró suficiente, decidió embarcarse en tal cometido, pensando que, como última opción, siempre podría conseguir otro trabajo en la restauración, en el caso de no lograr su objetivo.

Un día, los pequeños encargos que hacía para ganarse algunos dólares extra, le llevaron hasta una bonita casa unifamiliar de dos plantas con una fachada de ladrillo rojo

en Cobble Hill. Le recibió una mujer mayor, bastante alta por su edad y con un remanente de belleza que el paso del tiempo no había conseguido borrar. La señora Morgan, como le gustaba que la llamaran, debía acercarse a los ochenta años y proyectaba una afabilidad y empatía que enseguida saltaba a la vista. Había conseguido el número de Daniel a través del encargado de una pequeña tienda de barrio al que este le había instalado un ordenador en su casa. La señora había comprado un portátil que quería utilizar, según le hizo saber, para hablar y poder ver a su hijo que trabajaba en una empresa petrolífera en Edmonton, ya que apenas venía a visitarla una vez al año o dos siendo muy generosos. En realidad, también tenía interés por descubrir el mundo de internet, aún tan abstracto para ella, y aprender a navegar con soltura por la red. Daniel puso en funcionamiento el portátil y le instaló una aplicación que permitiría cumplir el ansiado deseo de la mujer por conectarse con su hijo. Pero el problema es que la señora Morgan apenas sabía nada de ordenadores, de tal manera que, haciendo alarde de unas excelsas dotes en el arte de la persuasión, convenció al retraído Daniel para que le diera algunas clases, que, eso sí, serían bien retribuidas por su parte. Él se negó en un primer momento, pues no era de su agrado ni entraba en sus planes el hecho de impartir clases básicas de informática a una septuagenaria, y menos aún le apasionaba la idea de tener que interactuar más de la cuenta con alguien. Por otra parte, tuvo que reconocer que su falta de ingresos en aquel momento podría verse compensado con ese pequeño trabajo, y que eso le permitiría disponer de algunos dólares más en su bolsillo que bien servirían si las cosas iban más lentas de lo deseado. La señora Morgan aceptó de buen grado adaptarse a sus horarios y a la posibilidad de que, quizá en más de una ocasión, se viera obligado a cambiar alguna sesión para acudir a una entrevista laboral, de tal manera que le dio un sí a su propues-

ta. Daniel acudía puntualmente a sus citas con la señora Morgan un par de veces a la semana. El progreso era lento, aunque el esperado de alguien de su edad que casi no había tenido contacto antes con la informática. Gracias a la enorme pasión que sentía por el béisbol, descubrir otra forma de seguir la actualidad de este deporte y en especial de sus adorados Mets, le servían de motivación y alimentaban sus deseos de seguir aprendiendo. Pese a su introspección, su incapacidad y casi nulas ganas de empatizar con ella, Daniel sí tenía el don de la paciencia, y a medida que las sesiones fueron avanzando, la señora Morgan empezó a cogerle cariño. En realidad, era algo recíproco, pero contaba con una enorme diferencia a la hora de llevarlo a la práctica: mientras ella no se avergonzaba en exteriorizarlo, en el caso de él, siempre se lo guardaba para sí mismo. Lo cierto es que la señora Morgan sentía una estima especial por ese chico. La agudeza de ella en detectar que el carácter de Daniel tenía que estar marcado por algo de su pasado que, con toda seguridad debería haber sido terrible, le dio más motivos para querer ganarse su confianza y ayudarle en la medida de sus posibilidades. Su gran corazón y el ver a alguien con tanta vida por delante mancillando su juventud, era algo que no podía soportar, y pese a las negativas y los silencios de él cada vez que intentaba saber o indagar algo de lo que fue su vida antes de trasladarse a América, nunca por ello arrojó la toalla. Estaba segura de que su corazón estaba roto por alguna circunstancia que aún desconocía, pero también sabía que, aunque ahora estuviese oculto, ese corazón era enorme, solo había que arrojar un poco de luz y algo de amor sobre él para que aflorara de nuevo en su máximo esplendor.

Al cabo de algo menos de dos meses, y antes de lo que esperaba, la constante búsqueda de Daniel dio sus frutos. Encontró un empleo como programador en una solvente empresa informática. Ese fue el primer día que la señora

Morgan vio en su boca un primer atisbo de sonrisa, una primera muestra de esperanza, casi de ilusión. Teniendo en cuenta su habitual actitud apática y decaída, ella lo entendió de esa manera, y consideró que era la mejor oportunidad para decirle lo que llevaba pensando desde hacía algunos días.

Las ganas que Daniel tenía de compartir la noticia eran superiores a su autoimpuesta ley del silencio y de no fraternización, de manera que, con solo entrar por la puerta, no pudo evitar contárselo. La señora Morgan se alegró aún más que él mismo, o al menos eso fue lo que pareció, tal vez debido a que, al contrario de Daniel, una vez más no tuvo reparos en exteriorizar su alegría. Incluso se atrevió con una tímida tentativa de abrazo impregnado de un cierto temor ante una posible reacción hostil. Pese a la sorpresa que sintió ante ese inesperado gesto, Daniel lo aceptó de buen grado, porque al notar el contacto físico sintió una calidez que ya había olvidado, algo que lo evocaba a recordar momentos vividos en tiempos pasados que creía perdidos para siempre y que renacieron de repente con esa acción tan simple, pero a la vez tan cargada de realidad. En absoluto le disgustó, más bien todo lo contrario, aunque naturalmente, sus propias y autoimpuestas normas, así como su orgullo, hicieron que ese sentimiento de gratitud permaneciera retenido dentro de su caparazón, impidiendo la salida de cualquier gesto, y mucho menos de expresarlo con palabras.

—Vamos siéntate Daniel, cuéntamelo todo por favor ¡es una gran noticia! —dijo llena de ilusión.

Se sentaron primero en la mesa del comedor donde impartían las clases, en la que reposaba el portátil aún apagado, y Daniel se lo contó todo: los detalles de la entrevista unos días antes, la llamada recibida confirmándole su elección para el puesto y su aceptación del trabajo casi al momento (ya había decidido antes que, si recibía la propuesta

de esta empresa, sería su primera opción). Luchó por contener las emociones que bullían en su interior ansiosas por salir de ese cuerpo en pos de expresar su euforia, y lo hizo relajado, manteniendo la calma, su cabeza fría y pronunciando las palabras lentas y en tono plano, casi arrastrándolas. La señora Morgan esperó con paciencia y emoción a partes iguales a que terminara sus explicaciones, dejando que se expresara a su ritmo, consciente de que, en todo caso, estaba ante un hecho inédito, puesto que era la primera vez que Daniel utilizaba más de tres frases seguidas para hablar de su vida. Aguardó paciente y entusiasmada a que terminara y entonces rodeó sus manos con las suyas en un gesto no premeditado que buscaba transmitir el cariño que sentía hacia él.

—Es magnífico Daniel, estoy segura de que a partir de ahora todo va a cambiar a mejor para ti. Trabajar en lo que te apasiona te hará crecer como persona. —Y se tomó unos segundos antes de proseguir—. Quiero aprovechar este momento tan propicio para comentarte algo en lo que he estado pensando últimamente.

Daniel levantó su mirada extrañado y algo desconcertado.

—Verás, como has podido comprobar, esta casa es enorme para una sola persona, y a mí me vendría bien algo de compañía, dicho sea de paso. Te ofrezco la oportunidad de trasladarte aquí. Puedes quedarte con la habitación que más te guste. Como sabes, no utilizo para nada la segunda planta, e incluso podrías utilizar la buhardilla si lo desearas. No es necesario que me pagues alquiler, la casa ya hace años que me pertenece en propiedad, me conformaría con una pequeña aportación en concepto de gastos corrientes para el día a día y algo de ayuda en tareas de mantenimiento que, por mi edad, me son imposibles de realizar.

Daniel no pudo más que sentirse sorprendido ante la proposición, algo que no esperaba en ningún caso, aun-

que tuvo que reconocer lo atractivo de la oferta. Unas condiciones hechas desde el aprecio que la señora Morgan sentía por él. Aquella casa era cómoda, bonita y cálida, sin duda. Además, le quedaba más cerca del nuevo trabajo y con mejores comunicaciones para llegar hasta él. El barrio era tranquilo y bastante acogedor, como había podido percatarse desde que lo visitaba con regularidad. No es que le disgustara su actual vivienda: un piso con tres habitaciones lo suficientemente amplio para los tres, pero también había que considerar que el alquiler era muy elevado.

—Señora Morgan, no sabe cómo se lo agradezco, pero no me parece justo. Aceptar esto me haría sentir como que me estoy aprovechando de usted y de su amabilidad, y en ningún caso podría permitírmelo.

—No es mi intención que lo sientas de esta manera, en absoluto. Pero entiendo que pienses así. Podemos hacerlo diferente, establezcamos una cantidad mensual, si para tu tranquilidad quieres llamarla alquiler, adelante, para mí va a ser una aportación, como te he dicho, para gastos corrientes. —Entonces se calló de golpe al venirle algo a la cabeza, dibujó un gesto picarón en su rostro y lo soltó—. Y ya que estamos, que me acompañes de vez en cuando a ver a los Mets.

Daniel se quedó perplejo ante esa proposición. Represió como pudo la sonrisa que le pedía el cuerpo y mantuvo su habitual compostura.

—Oh, venga, prometo que voy a hacer que no te arrepientas—insistió una vez más al verlo dubitativo.

—Déjeme que lo piense un poco antes de darle una respuesta.

Y tras esas palabras, atajó de manera abrupta cualquier intento de alargar la conversación. Abrió el portátil y pasó a centrarse en la clase como si el diálogo no hubiera existido, aunque en realidad, en su cabeza ya había

empezado a dar vueltas a la propuesta. Sin ser consciente del todo, el embrión de su futuro próximo había sido colocado.

Unos días después, terminaría aceptando. Con moderada ilusión, quiso creer que ese era el inicio real de una nueva vida; que al fin había llegado ese momento tan ansiado de pasar página y cambiar lo establecido. Pero nada más lejos de la realidad. En poco tiempo vio como esa esperanza se desvanecía y caía de nuevo en ese negro y profundo abismo que le iba a llevar justo al borde del precipicio.